



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Un tesoro por el que vale la pena dejarlo todo

Reflexiones sobre el Evangelio de Mateo 13, 44-52 (17º Domingo del Tiempo Ordinario - Ciclo A – 30 de Julio de 2017)



Indiana Jones, caracterizado por el incombustible Harrison Ford, es un intrépido profesor que, en búsqueda de tesoros exóticos, vive intensas aventuras y corre riesgos que cualquier ser humano normal, no de Hollywood, se pensaría dos veces antes de asumir. La recompensa a todas las peripecias y a los riesgos asumidos por Indiana Jones es que sus hallazgos entran en el catálogo de la ciencia y su nombre se va consolidando en el mundo de los buscadores de tesoros y

misterios ocultos para la humanidad. Creo que no sería baladí pensar que el catálogo de las factorías de cine está lleno de películas, como las de la saga de Indiana Jones, porque los seres humanos necesitamos de un horizonte utópico, de ese tesoro escondido que nos hace levantar por la mañana con ilusión, desgastarnos en el curso del día y llegar en la noche con la satisfacción de haber hecho algo para mejorar la vida de todas y todos y para dotarla de un hondo sentido.

Para los discípulos de Jesús el tesoro que moviliza nuestra vida es el Reino de Dios. Permitidme unas reflexiones sin pretensión teológica, mejor dicho, permitidme hablar desde lo que pasa por mi corazón al contemplar las dos parábolas que nos propone Jesús.

¿Qué es el Reino de Dios? Hace varios años, cuando yo era un jesuita en formación, tuve la ocasión de hacer los Ejercicios Espirituales con el jesuita colombiano Gustavo Baena y, en la meditación del Rey Eternal, al hablar del Reino decía que éste consiste en que acontezca en nosotros lo que aconteció en Jesús de Nazaret: ¡Dios en Plenitud! En principio no entendí bien la formulación, pero, cuando le dediqué varias horas de oración, el corazón se me fue ensanchando al comprender que el Reino, como experiencia personal y comunitaria, acontece y es una realidad cuando le abrimos grandes espacios en nuestra vida y nos dejamos inundar totalmente por la persona y los criterios de Dios.

El Reino es el tesoro que me ayuda de descentrarme, a no pensar en mis mezquinos intereses para dejar entrar en mi vida la vida de los hermanos y las hermanas con quienes comparto este pequeño trozo de la historia que Dios quiere que sea de

Salvación. Es un tesoro que me enseña a hablar en plural dejando atrás el odioso singular.

El Reino es el tesoro que no me deja tranquilo en mi lugar de confort. Me inquieta, me interpela y me moviliza a trabajar por tantas personas que necesitan de una razón para esperar, de una razón para sentir que la vida es también para ellos un don y no una mera lucha por la supervivencia. Es un tesoro que no se guarda en los bancos o en las cajas fuertes de los satisfechos, es un tesoro para todas y todos porque el Reino se escribe con la justicia.

El Reino es un tesoro que derriba los muros del odio. Cuando se está lleno de Dios es imposible fomentar la guerra, la venganza o la división, al contrario, es un tesoro que allana los caminos para que los que están lejos y enfrentados se tiendan la mano y, desde el diálogo sincero y constructivo, rehagan la historia. Pienso en el papel de artesanos de paz y de agentes de diálogo que tenemos los cristianos en aquellos países donde la guerra, tanto la de los fusiles como la de la palabra, está haciendo trizas la convivencia. Hoy, que os escribo desde Colombia, pienso en la gran oportunidad que puede ser la visita de Francisco para afianzar la paz y ayudar al desarme del discurso que está polarizando tanto la nación.

El Reino es un tesoro transparente. Cuando se empieza a perder la confianza en las personas y en las instituciones, incluida la Iglesia, por las tramas corruptas y el atropello a la verdad, el Reino nos invita a la transparencia y a la sinceridad. El edificio de la humanidad no se puede construir sobre las arenas del engaño, se construye desde los cimientos de la verdad que incluye el reconocimiento humilde de los aciertos y la aceptación, también humilde, de las fragilidades y las ambigüedades.

Ante estas descripciones del Reino y las que seguro muchos de vosotros tendréis, cabe esta invitación: no dejemos de buscar el tesoro del Reino y, cuando lo hayamos encontrado, no dudemos en invertir lo mejor de nosotros para asegurarnos que ese tesoro llene todo lo que somos.

Indiana Jones se dejaba la piel en el esfuerzo por hacerse con el tesoro que buscaba. Nosotros, sabiendo que el tesoro no surge de la mente de un guionista de Hollywood sino del corazón misericordioso del Padre, ¿seremos capaces de dejarlo todo para que el tesoro del Reino sea la fuente de nuestra alegría, de nuestra esperanza y de nuestro ser?